

¿Por qué dedicarse a la política?

Eduardo Saffirio Suárez

I.- Tres argumentos para hacerlo:

1° El argumento desde la Historia: Este país es pequeño, lejano y, hasta hace muy poco, pobre. Su construcción ha sido posible desde la política. Ella permitió tempranamente organizar la República y desarrollar el Estado de Derecho. Esa ha sido la ventaja relativa de Chile respecto a la mayoría de los otros países de América Latina, durante gran parte del siglo XIX y XX.

La afirmación anterior no es patriotismo barato. Simón Collier, historiador inglés que se especializó en historia de Chile, en uno de sus libros, al terminar el capítulo sobre el período 1831-1886, escribe como conclusión: La más pobre de las colonias del imperio español se había transformado en una pequeña y orgullosa república.

El 1° de agosto de 1900 en el Ateneo de Santiago, el político radical Enrique Mac Iver se preguntaba “que ataja el poderoso vuelo que había tomado la República”. Su respuesta era: el deterioro de la moralidad pública, la disminución de las virtudes cívicas y su obvio impacto en las instituciones y en lo que hoy llamaríamos la calidad de la política.

Ahora, Acemoglu y Robinson, en un libro reciente analizan los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza -¿Por qué Fracasan los Países?- Tras casi 600 páginas su respuesta es clara: Los países no fracasan por el clima, la geografía, la cultura o la ignorancia de los líderes en materia de políticas públicas. Fracasan o tienen éxito según el carácter y la calidad de sus instituciones. Algunas fomentan el ahorro, la inversión, la innovación y distribuyen el poder. Otras no lo hacen. Esto es una prueba adicional que las instituciones importan; ellas no determinan pero condicionan.

2° El argumento desde la Ética: ¿Qué es una vida humana lograda?, de acuerdo a Paul Ricoeur, filósofo francés, de religión calvinista, discípulo de Mounier y simpatizante del partido socialista francés, esa vida lograda supone: Tender a la vida buena, con y para otros, en instituciones justas. Así lo explica en un libro monumental: Sí Mismo Como Otro.

Recordemos que ya Hegel, por lo demás citado por Ricoeur, había escrito en La Fenomenología del Espíritu que la libertad sin instituciones es salvajismo. Hoy día diríamos que facilita la difusión del nihilismo, “el más inquietante de los huéspedes”.

Como vemos, la vida buena no se limita a las relaciones interpersonales, cara a cara; se extiende también a las instituciones y su justicia.

3° El argumento desde la Fe y/o desde la Cultura. Este argumento, a diferencia de los dos anteriores, que podrían ser plausibles para cualquier persona joven que simpatice con la república democrática, probablemente ve reducida su capacidad persuasiva solo a los jóvenes cristianos, sea su cristianismo de fe, sea solo de cultura.

Para los cristianos de fe que optan por actuar políticamente puede resultar válido lo escrito recientemente por el sacerdote jesuita Miguel Yaksic “la fe no es ni un asunto privado ni una opción individual, sino que constituye, en cambio, una visión inclusiva y comprensiva de toda la vida, incluyendo la vida pública”. Para los cristianos de

cultura, basta con considerar que los valores del Evangelio -racionalmente apreciados- permiten construir una sociedad más decente y respetuosa de la dignidad de la persona, inspirándose en un humanismo que consideren más sólido e integral.

Pero, atención, unos y otros serán interpelados por la siguiente pregunta:

“¿Son ustedes los que deben venir...?”

Así interrogó otro político chileno, Radomiro Tomic, a una multitud de jóvenes reunidos en Berlín, el 10 de junio de 1965. Y agregó:

“¿Eres tú el que debe venir o tenemos aún que esperar a otro?”. Así habló el incierto mensajero enviado por Juan Bautista a Jesús de Nazaret, según narra el Evangelio. Se multiplicaban los signos anunciadores que el mundo viejo llegaba ya a su término. Los tiempos eran confusos, grande la ansiedad del pueblo y contradictoria la conducta de sus guías. ¿Cómo identificar al portador de la vida nueva cada vez más necesaria, al Mesías llamado a reunir en sí, en una nueva perspectiva, los antagonismos de la Antigua y de la Nueva Ley?

Entonces la ansiosa pregunta: “¿Eres tú el que debe venir...?”.

Y la aleccionadora contestación de Cristo, a quien no interesa un testimonio de palabra sino de obras:

- “Anda y dile a Juan como única respuesta que los ciegos ven..., los cojos andan..., los muertos resucitan... y los pobres son evangelizados”.

II.- ¿Que supone dedicarse a la política?

1° La necesidad de la política. Sin duda que la política es una actividad necesaria para la construcción, mantención y desarrollo de un orden social pacífico. Sin ella no hay convivencia humana posible. La fuerza bruta y el intercambio en el mercado son incapaces de conseguir lo anterior. Por ello donde hay sociedad hay política. Por su papel configurador del orden social pacífico, Aristóteles la llamó Ciencia Arquitectónica; forma más alta de la caridad, después del sacerdocio, según la Doctrina Social de la Iglesia.

2° Sus dificultades. La política es al mismo tiempo una actividad difícil. No solo por la responsabilidad que supone adoptar decisiones colectivas vinculantes, que a veces tendrán efectos relevantes sobre la vida de millones de personas. También porque adaptar dichas decisiones implica buscar una visión de conjunto de los problemas y de las alternativas involucradas y, además, incorporar consideraciones sobre el corto, mediano y largo plazo.

3° Capacidades y virtudes. Por ello —en la Política como Vocación— Max Weber señaló que para quien tenga vocación política es indispensable “la educada capacidad de mirar de frente las realidades de la vida, soportarlas y estar a su altura”. Ello supone pasión y mesura.

¿Por qué pasión? Porque “la historia prueba una y otra vez que no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible”. Siguiendo esta “llamada”, esta vocación por lo público, la voluntad recta y la inteligencia, expresándose a través de la prudencia, se dirigen a evitar el mal y a hacer avanzar la sociedad hacia el mayor bien posible, aquí y ahora.

¿Por qué mesura? Porque la política -al menos la política democrática- supone renunciar al mesianismo: a la ingenua creencia de que se puede construir un paraíso terrenal, extirpando el mal de la historia. En política son importantes los ideales y las ideas. Pero también lo es el evaluar responsablemente las posibilidades concretas de aplicación de estas. Y, ya lo insinuamos más atrás, el hacerse responsables por las consecuencias de decisiones muchas veces riesgosas o de resultados inciertos.

Nada más lejos, entonces, del político de categoría que la grandilocuencia y la soberbia. Una de las formas en que se expresa esta última, es el considerarse “puro” e “impoluto” frente a situaciones o a personas donde parece que solo reina la abyección o la estupidez.

La actividad política también obliga a la constancia en los intentos por desplazar la frontera de lo posible y enfrentar las numerosas dificultades que ello supone.

Por último, pero no menos importante, se requiere templanza: frente a la adversidad, como también escribe Weber, siempre un “sin embargo”. Solo así se puede hablar de una verdadera, sólida y madura vocación política.

Estas son alguna de las razones por las cuales, en mi opinión, son siempre tan escasas las vocaciones por la política.